THE HORUS HERESY®

DISTANT ECHOES OF OLD NIGHT

Rob Sanders



A HORUS HERESY SHORT STORY



LA HEREJÍA DE HORUS

ECOS DISTANTES DE LA VIEJA NOCHE

ROB SANDERS

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

La Legión de la Guardia de la Muerte

MORGAX MURNAU	Capellán de la Guardia de la Muerte
PHORGAL	Moritat del *Espolón de Barbarus* de la Guardia de la Muerte
GRULL GORPHON	Sargento de la escuadra de exterminadores *las Tumbas* de la Guardia de la Muerte
ZORRAK	Hermano especialista de la escuadra de exterminadores *las Tumbas* de la Guardia de la Muerte
HADAR-GUL	Hermano especialista de la escuadra de exterminadores *las Tumbas* de la Guardia de la Muerte
KHURGUL	Hermano de la escuadra de exterminadores *las Tumbas* de la Guardia de la Muerte
GHOLIC	Hermano de la escuadra de exterminadores *las Tumbas* de la Guardia de la Muerte

La Legión de los Puños Imperiales

LATHAM	Capitán de los Puños Imperiales y capitán de la fragata *Xanthus*

Personaje en Algonquis

LA CARGA

—Y lo llamaron… Muerte.

El sermón del capellán Morgax Murnau siseaba por el canal de voz abierto. Su liso pelo negro enmarcaba sus pálidos rasgos como un cortinaje que se apartara para revelar su mirada mórbida y maliciosa. En pie entre los arneses de la cápsula de desembarco, con el ancho casco de la calavera sonriente bajo su brazo, el capellán espetó las palabras en el canal principal a través del auricular.

—La encarnación misma del Fin. La oscuridad que nos sobrecoge. La liberación que ansiamos. El futuro que tememos.

El capellán de la Guardia de la Muerte caminó sobre la rampa. La cápsula de desembarco reposaba en el tremedal como un insecto bulboso y remachado. Todo supuraba. Su resbaladiza oratoria resonaba entre los árboles petrificados, sus oscuras palabras chorreando sobre la ciénaga rebosante de savia como locura líquida, meliflua. Las breves y ligeras detonaciones de los propulsores de estabilización de la cápsula puntualizaban ocasionalmente el sermón en la lucha del espíritu-máquina por mantener firme y a flote la estructura en el pantano.

—Él sólo porta lo que vuestra mortalidad demanda. Representamos nuestros papeles a perpetuidad pero no hemos sido creados para permanecer por siempre. El calor abandonará nuestros cuerpos. Nuestros corazones latirán hasta convertirse en ecos mudos. La sangre se coagulará en nuestras venas y nuestra carne se pudrirá. Aceptadlo.

Murnau recorrió con la mirada la ciénaga burbujeante. El suelo transpiraba putrefacción, anegado de agua estancada y recubierto de parásitos, ciempiés e insectos de caparazones opacos. Nubes fantasmales de mosquitos se arremolinaban sobre las superficies empapadas, llenando el aire fétido con el zumbido de un billón de minúsculas alas.

Murnau observó a un ave que se ahogaba mientras luchaba en el fango, batía sus alas pegajosas presa de un frenesí fútil; con su pico curvo había sido capaz de atravesar la dura corteza de los árboles petrificados, pero ahora lo arrastraba inútilmente sobre el limo de los microorganismos que desgarraban su preciosa carne. Aquel lugar, Algonquis, había sido una floreciente luna boscosa, bendecida con bandadas de coloridas bestias como aquella. Habían anidado en las copas de los

árboles, llenado el entorno con sus ásperas canciones. Bajo ellas, las dispersas comunidades de leñadores y los trabajadores de las cuotas de las plantaciones habían estado explotando aquellos troncos ferrosos con sus sierras. Aquella densas tablas habían alimentado plantas de procesado, talleres y fábricas extramundo con una de las maderas más duraderas del Imperio y se le había encontrado una miríada de usos. La luna boscosa había sido parte de la cornucopia de aquel subsector de mundos agrícolas y encrucijada de rutas mercantiles hasta que la fragata *Espolón de Barbarus* de la Guardia de la Muerte había ulcerado aquella región, descargando destrucción orbital sobre un mundo imperial tras otro.
Murnau había observado al comandante de la nave seleccionar diferentes variedades de armamento biológico apocalíptico para cada mundo víctima, con la terrible maestría de un auténtico experto. Patógenos diseñados genéticamente, contaminantes atmosféricos y plagas galácticas largo tiempo erradicadas, todas ellas resucitadas por los renegados del Adeptus Mechanicus del moritat Phorgal. Las plantaciones continentales de los mundos agrícolas habían sido consumidas por chancros. Rebaños de ganado abotargado yacían empalados de dentro a fuera por agresivas lanzas de esporas de infecciones fúngicas descontroladas. Límpidos océanos se convirtieron en vastos depósitos de podredumbre color sepia.

Para Algonquis Phorgal había reservado un diezmador ecológico tan destructivo y voraz que incluso Murnau se había sorprendido por la velocidad con la que la luna bosque había pasado de ser una promesa verde perenne a una bola putrefacta de suciedad y corrupción. Agujas de astillas resecas llovían sobre el manto del bosque mientras los troncos de los ferroárboles sangraban pequeños lagos de savia, convirtiendo el rico mantillo en un barrizal enfermizo. Hongos de especies agresivas reventaban la pulpa y las cortezas de los titánicos árboles, derribando muchos de ellos. Otros permanecían erguidos como parte de un esqueleto petrificado de estacas colosales que apuntaban acusadoras a los cielos. Un moho negro lo cubría todo con un sudario de microorganismos que competían entre sí mientras poblaciones de insectos autóctonos se reproducían sin medida para alimentarse del cadáver de un mundo muerto.

—Escúchame, Latham —gruñó el capellán a través del auricular—. Tú y tus hermanos Puños ya estáis muertos, es sólo que aún no sois conscientes de ello. Por donde caminan los hijos de Mortarion la voluntad del Señor de la Muerte prevalece. Portamos el hambre, la peste, la guerra y la destrucción absoluta en sus

múltiples formas. Portamos el Apocalipsis en nombre de Mortarion. Somos la Guardia de la Muerte, capitán Latham. Somos el fin de todo.

Murnau permitió que su gruñido se convirtiera en una sonrisa atroz.

—Pero —dijo el capellán levantando un dedo recubierto de ceramita— no nos lo pongas demasiado fácil. Aunque estamos aquí para escoltarte hasta el más definitivo de los destinos, la muerte carece de sentido sin el dulce lamento por una vida bien vivida. Cuando mis exterminadores tomen tu vida, y te aseguro que lo harán, quiero que hayas dado lo mejor de ti. Quiero que el dolor de tu pérdida resuene en tu pecho en medio del estertor de tu último aliento. Nada satisface más a mi señor que sembrar las semillas de la duda en los corazones mortales, semillas que germinarán en vergeles de oscuridad y desesperación, antes de ordenar a sus instrumentos de muerte arrancar esos mismos corazones de pechos angustiados y desolados. Nosotros somos los instrumentos, capitán. Acepta que no hay fortificación ni defensa que pueda salvaros. Acepta que no hay rescate en camino. Acepta que tu Emperador os ha abandonado.

El comunicador del casco de Murnau sonó; colgó de golpe el auricular en el emisor acoplado a la pared y se colocó el casco en la cabeza.

—Aquí Murnau —siseó.

—Tengo al moritat Phorgal a la espera de comunicarse con usted, hermano capellán.

—Proceda.

Murnau descolgó una pistola bólter de un anaquel y se la enfundó a la cintura. Con gran reverencia tomó su manípulo —el crozius arcanum— del arnés devocional. El corto vástago del cetro de adamantio estaba labrado en la figura de un ángel esquelético, sus alas curvadas rozándose en las puntas para dar forma a la brutal cabeza erizada de púas.

Tras descender de la rampa al barrizal las fangosas aguas estancadas rodearon como melaza hasta las rodillas de Murnau. El capellán notó cómo la tierra anegada sorbía sus botas como si quisiera tragarlas aunque la potencia de la servoarmadura era suficiente para liberarlo de la presa del pantano. A zancadas en mitad de los bajíos de descomposición emergió de las sombras de la cápsula de desembarco al bosque petrificado.

—Aquí Phorgal —crepitó el comunicador, la voz del oficial una presencia distante, como el eco en un mausoleo.

—Mi hermano tanto en la vida como en la muerte —contestó Murnau—. El repetidor de la cápsula está sufriendo interferencias.

—No es el repetidor. El *Espolón de Barbarus* está abandonando la órbita.
—¿Partís?

—El augur de larga distancia ha detectado una flotilla víctima adentrándose en un sistema vecino.

—¿Cargueros?

—Naves-silo, gruesos contenedores escoltados por un crucero del Ejército Imperial —informó el moritat—. Estamos en ruta para descargar sobre ellos el juicio del primarca.

—También nosotros la descargaremos sobre los perros de Dorn aquí abajo en la superficie de la luna —aseguró Murnau.

Mientras Murnau caminaba pesadamente entre las lánguidas olas que agitaban las aguas-savia notaba la pulpa caída de los ferroárboles triturase bajo sus suelas. Los restos macilentos y ennegrecidos aún permanecían erguidos, punzando la pestilente niebla que colgaba de ellos como un sudario. La pegajosa superficie de su coraza se convirtió en una trampa para moscas y mosquitos deformes, y pronto su coraza quedó cubierta de insectos moribundos.

Los sentidos automáticos de la servoarmadura registraron un distante y súbito destello en medio de aquel lóbrego bosque, seguido de una onda de calor que desgarró la bruma. El manto roto de la niebla reveló el destino del capellán: frente a él, más allá de los árboles consumidos por la enfermedad, Murnau pudo distinguir el perfil destrozado de una nave derribada.

Aquella sección masiva de escombros era una de las cinco que la Guardia de la Muerte había localizado sobre la pantanosa superficie algonquina. Cuando el *Espolón de Barbarus* localizó la fragata *Xanthus* de los Puños Imperiales, que se aproximaba silenciosamente entre decimados agrimundos, el moritat Phorgal descargó todas las armas sobre la nave leal. Ésta se había precipitado sobre la fétida superficie de la luna, despedazándose en su caída.

Phorgal había enviado al capellán al lugar del siniestro. Sus órdenes eran inequívocas: no debía haber supervivientes.

—Murnau —su voz pareció raspar el canal de voz—, Fenestra aún no ha descifrado el mensaje astrotelepático incompleto transmitido desde la *Xanthus*.
—Eso es… decepcionante. Deberíamos despellejar vivo a ese engendro. Me desagrada confiar a esa degeneración humana nuestras comunicaciones de largo alcance.

—Pero así es —respondió el moritat.

Murnau oyó como el oficial inspiró una bocanada de aire que lo hizo carraspear. Aquello normalmente era heraldo de algún tipo de reproche: el capellán lo había escuchado muchas veces antes de que el moritat reprendiera a algún legionario inferior.

—El hecho es, hermano Murnau, que no habría habido mensaje astrotelepático siquiera incompleto si tu escuadra hubiera sometido al enemigo.

Murnau apretó los dientes para retener una explicación involuntaria. No quería ofrecer excusas: era un capellán de la Guardia de la Muerte. En la oscuridad, él era los ojos que todo lo ven de Mortarion; en el silencio, él era las palabras ardientes del primarca. Donde la incertidumbre reinaba Murnau confiaba en la retribución del Señor de la Muerte… y Murnau estaba seguro de la incertidumbre que reinaba en los corazones de Vitas Phorgal. Sin duda ese era el motivo por el cual el moritat quería cumplir a toda costa las órdenes del Señor de la Guerra desde su trono de mando.

—Acaba con ellos, Morgax —insistió Phorgal—. Acaba con ellos inmediatamente.

—¿Cuál era la naturaleza del comunicado? —Preguntó Murnau desviando la conversación.

—Fenestra dice que está encriptado, pero no con el código de ninguna legión que él haya visto jamás. Ciertamente no se trata de una empleada por los Puños Imperiales, de hecho no parece en absoluto un código de las legiones astartes.

—¿Su destino?

—Sol —la voz del moritat se entremezclaba con el ruido de la estática, estaban perdiendo la señal de voz—. El destino actual de la fragata teniendo en cuenta su última trayectoria registrada.

—Interesante. Bien, la *Xanthus* transportaba algo. Informes de inteligencia. Equipo militar. Suministros. Dorn fortificaría su posición como es su naturaleza, por lo que sus Puños se enterrarán en un búnker para intentar capear la tormenta que se les avecina. Dejemos que lo intenten y entonces la Guardia de la Muerte les mostrará la futilidad de su causa perdida —pensó por un momento—. Honorable moritat, ¿deberíamos cambiar los parámetros de la misión y localizar la carga destinada a Terra para informar de ella al alto mando del Señor de la Guerra?

—No —crepitó la voz de Phorgal—. Dejemos tales sutilezas para nuestros primos de la XX Legión. Esto es la guerra, y los hijos de Mortarion extienden la muerte, no se preocupan de recopilar detalles insignificantes. Las órdenes permanecen. Sin supervivientes, Morgax. ¿Me oyes?

—Así será —le aseguró el capellán.

—El *Espolón de Barbarus* volverá a por vosotros en breve y nos sumiremos en el tedio de la disformidad rumbo a las lunas del fabricador de Uniplex Minora. Acaba con esto, y hazlo rápido.

En su camino a través de la llovizna de savia Murnau vio otro destello. Su traje registró la oleada de calor de un arma de gran calibre que venía de la sección del casco destrozado. La niebla y los enjambres de mosquitos se difuminaron, y el capellán pudo apreciar en toda su extensión el resultado de la victoria en el vacío de Phorgal. Los restos no eran más que un naufragio machacado: lo único que quedaba de la *Xanthus* era la sección de artillería de la parte central, su majestuosidad gótica arrastrada hacia el fondo del pantano, tragada por su superficie, a medida que compartimento tras compartimento se inundaba de aguas nauseabundas.

Murnau observó el objetivo desde el punto de vista de un estratega. Con uno de los extremos de la ruinosa estructura hundiéndose, su opuesto se alzaba progresivamente como una montaña de metal. El capellán enfocó los sensores ópticos sobre el interior expuesto de la nave a través de las brechas que parpadeaban entre llamas y dejaban escapar gases y líquidos hidráulicos. Los

desgarros en el casco servían de troneras a los leales desde las que respondían al asalto de la Guardia de la Muerte. El fuego entrecortado de las carabinas láser y de los bólteres los esperaban.

Murnau recorrió los canales de voz hasta localizar al sargento Grull Gorphon ladrando salvajemente órdenes a su escuadra. La Guardia de la Muerte había tomado posiciones frente al flanco estribor de la fragata. Aquel flanco había sufrido claramente los peores daños por el impacto y los Puños Imperiales no habían podido fortificar los conductos de ventilación ni establecer barricadas en las brechas del casco con la misma eficiencia que en los demás frentes.

El capellán encontró a los guerreros de Gorphon moviéndose entre los troncos masticados por los proyectiles de los gigantes petrificados. Como a Murnau, el entorno les provocaba una excitación morbosa: a su alrededor un mundo se moría, y de aquel trance emergía una nueva vida; se trataba de una forma de vida rastrera, repugnante, abominable, pero vida al fin y al cabo. Con el enemigo consolidado en el interior de la estrellada *Xanthus* y con el suministro de munición de la fragata a su disposición, la Guardia de la Muerte estaba obligada a no ofrecer tregua.
Morgax Murnau creía en que para cada trabajo existía la herramienta perfecta. Y el *Espolón de Barbarus* portaba tal herramienta en su contingente de la Guardia de la Muerte. Una herramienta roma e inflexible de devastación: la escuadra de exterminadores de Gorphon, conocida como «las Tumbas».
Los exterminadores siempre atraían a lo peor de entre las filas de los astartes, marines espaciales que los oficiales de la legión se cuidaban de controlar estrechamente: los vacíos, los devotos de la destrucción, aquellos carentes de toda misericordia, aquellos para los que la galaxia no debía más que arder. Cuando la necesidad lo exigía, el talento singular de aquellos guerreros se ponía al servicio de un fin mortal. Además, se habían rescatado armas de destrucción masiva de las profundidades de oscuros silos, y el apetito de los exterminadores por la aniquilación se había abierto ante la perspectiva de la batalla, sangriento y furioso.

«Sin supervivientes», había ordenado Phorgal. Y Murnau había enviado a las Tumbas.

Chapoteando en el barrizal acribillado Murnau se acercó a Zorrak, uno de los especialistas en armas pesadas de las Tumbas. Su servoarmadura estaba sin pintar, pero la suciedad que la salpicaba se había vuelto un camuflaje apropiado. Con la unidad de energía de la espalda contra el tronco putrefacto de uno de los

ferroárboles, el Exterminador aferraba contra su pecho la mole desproporcionada de un lanzamisiles. Zorrak asintió hacia el capellán a modo de reconocimiento, un movimiento que separó la masa de pelo oscura y apelmazada que reveló la cruda máscara que había debajo. El blanco de sus ojos ardía con una agitación maníaca en medio de los retazos que componían su cara, y sus labios cubiertos de cicatrices se retorcían en una siniestra sonrisa. Zorrak hacía tintinear los proyectiles personalizados de cabeza nuclear que colgaban de su cinto, terroríficas armas de pesadilla sacadas de la oscuridad de las genoguerras de la Vieja Noche. Con el material recolectado de reactores de fusión desmantelados, las cabezas eran tan radiactivas que sorprendía que Zorrak no brillara en la oscuridad. En lugar de eso, él y sus compañeros llevaban grabado el horrible coste de aquella espantosa munición en forma de las quemaduras y llagas que cubrían sus cuerpos.

El capellán se agachó para evitar un haz de rayo láser que arrasó la corteza veteada de moho junto al hombro de Zorrak. El Exterminador apretó los dientes antes de arrastrar su propia masa, cargar al hombro el lanzador de misiles y apuntar a la fragata fracturada. Misil tras misil partieron del arma, y un cúmulo de halos cegadores cubrió la nave en ruinas cuando los proyectiles irradiados atravesaron el casco y detonaron sobre su estructura. Algunos agrandaron las grietas ya existentes, convirtiendo las cavidades en las brechas que la Guardia de la Muerte estaba esperando; otros iniciaron reacciones en cadena que extendieron explosiones a lo largo del cuerpo ruinoso, obligando a los siervos de la legión a abandonar sus puestos de centinelas y saturando el interior de la nave de nubes tóxicas de material radiactivo.

Avanzando tras la cobertura de los mayores ferroárboles, con el pantano amenazando con retenerlo a cada zancada, el capellán fue recibiendo los saludos de los exterminadores en forma de ojos enloquecidos y muecas de deleite ulcerado. Todos los integrantes de la escuadra de Gorphon lucían las mismas quemaduras de radiación, la misma expresión furtiva y enferma fruto de su función. En dirección a la masa destrozada los exterminadores se repartían de tronco a tronco, pesadas pistolas bólter en cada guantelete, deteniéndose sólo para arrojar granadas irradiadas sobre las ruinas. Acribillaron la sección sumergida con el flujo alternado de dos descargas de un calibre brutal, rugiendo con un regocijo mórbido ante los intentos de los leales de cortar su avance.

De la ruina de la *Xanthus* legó el retumbar de un mecanismo de recarga colosal. Murnau conocía ese sonido. El canal de voz de su casco se convirtió en un pandemonio de voces de alarma.
—¡A cubierto! —oyó que vociferaba el sargento Gorphon a sus hombres.

El capellán recorrió con su visor el flanco machacado de la fragata. El inmenso tubo de un cañón solitario de enorme calibre se asomaba de entre la oscuridad de una cúpula dañada. De alguna manera el capitán Latham había conseguido mantener funcional una de las piezas de artillería y los supervivientes habían logrado colocarla en posición sobre el carril retorcido.

No había cobertura posible que pudiera salvar a Murnau de la descarga de plasma: la brecha abierta en el terreno y los muñones de brasas de los ferroárboles eran testimonio de ello. Sin embargo, toda su devastadora capacidad de fuego era en gran medida inútil sin un medio de calibrar y apuntar el arma, y Murnau calculó que el ángulo del gigantesco cañón no permitiría disparos rasantes a los improvisados artilleros tras aquella bestia, quienes además no querrían desperdiciar un disparo sólo para alcanzar a un capellán.

—Adelante, atacad con todo lo que tengáis —siseó entre dientes Murnau, arrodillándose con calma e inclinando su casco grabado como una calavera— pues la muerte no es nada que deba temer…

Todo se volvió blanco.

El rugido del arma antinave lo sacudió hasta los huesos. Los sensores automáticos de su armadura de combate momentáneamente se desactivaron, y la savia a su alrededor hirvió y se convirtió en un banco de vapor hediondo.

Antes de que la señal de sus sensores ópticos se restableciera Murnau se incorporó con una sombría sonrisa de autocomplacencia en la cara. Como había predicho, el rayo de plasma pasó por encima de su posición y detonó lejos en la espesura del bosque ferroso. El cañón del arma había desaparecido, propulsado por el retroceso sobre los inmensos raíles. A través de la escotilla abierta de la cúpula Murnau creyó ver cómo unos ojos lo contemplaban con decepción.

Caminando en medio de aquella lobreguez con la consistencia de la melaza Murnau encontró al sargento Gorphon que lo esperaba moviendo la cabeza en señal de aprobación. Dos miembros de las Tumbas terriblemente desfigurados, los

hermanos exterminadores Khurgul y Gholic, gritaban obscenidades desde los árboles necróticos a los pecios que se hundían, intentando provocar a los Puños Imperiales de su interior. Continuaban castigando las zonas abiertas más vulnerables de los restos de la nave con sus monstruosas pistolas, y seguían arrojando racimos de granadas sobre la estructura cuyas detonaciones bañaban el pantano con un halo radiactivo que mataba los enjambres de moscas y hacían que el casco resquebrajado de la *Xanthus* brillara. Desde hacía varios minutos Murnau notaba el crepitar de la radiación que se filtraba en su servoarmadura, los indicadores de la misma le indicaban lo que ya sabía: que la muerte, en una de las formas de la miríada que poseía, pendía sobre toda la zona.
—Inspirador, capellán —dijo el sargento de los exterminadores cuando Murnau dio el último paso fuera de las aguas agitadas por los rayos láser.

Como los legionarios exterminadores, Grull Gorphon era un desecho constituido por cicatrices de llagas radiactivas y carne despellejada goteante. Su cabeza descubierta era como una enorme costra cuarteada, de cuyas grietas supuraba un fluido rancio sobre las mejillas demacradas. El bulboso puño de energía a su lado enfatizaba aún más su macabra apariencia haciéndolo parecer aún más contrahecho, casi jorobado.

—Informe de la situación, sargento.

El capellán se había dirigido hacia él con un tono brusco, pero si aquello había molestado a Gorphon ciertamente no lo había demostrado.

—Los Puños mantienen la defensa de esta sección tan estrechamente cerrada como las nalgas de Dorn —informó el sargento burdamente—. Han soldado mamparas blindadas y barricadas. Muchos de los hombres de la tripulación, yo diría que unos cuarenta, mantienen arcos de fuego de supresión y tienen un cañón naval cargado y operativo. Y todo eso antes del auténtico problema, que es Oriel Latham y cuatro de sus veteranos dentro de ese agujero.

—¿Nuestras bajas?

—Tres —contestó Gorphon con un tono de resignación casual—. Ese maldito cañón se llevó a Rork en el primer disparo. Latham y sus hermanos bastardos acabaron con Urzl-kal y Ortag mientras realizaban un reconocimiento de los puntos de entrada más desprotegidos. La buena noticia es que Latham se está quedando sin tiempo. Esa mole se está hundiendo, y cuanta más agua penetra en la

estructura más rápido se hunde. Entre eso y el infierno radiactivo que mis exterminadores han creado entre las cubiertas, espero que Latham el héroe se rinda pronto.

Murnau dirigió el ardiente visor de su casco en forma de calavera hacia Gorphon.

—Me temo que eso no es suficiente, sargento —siseó el capellán con parte de su anterior morbosidad maniaca reflejándose de nuevo en su voz—. Phorgal ha acortado el plazo que tenemos. El moritat ha empujado a los perros leales de Dorn muy lejos en la senda terminal, pero a nosotros nos toca asegurarnos de que la recorren hasta su fin. ¿Comprendes lo que quiero decir, Gorphon?

El sargento asintió despacio, sin poder evitar que la sonrisa de un lunático agrietara sus labios cicatrizados.

—Podemos tomar la *Xanthus*, pero la sangre correrá para todos. Nuestras bajas serán considerables.
El capellán asintió.

—¿Acaso crees que el Señor de la Muerte pretendía que lo acompañarais eternamente? —aquel exabrupto se convirtió en una oscura carcajada compartida entre ambos guerreros—. ¿Acaso creías que pretendía eso para cualquier de nosotros? —añadió Murnau tanto para sí mismo como para Gorphon y sus macilentos exterminadores—. Reagrupa a tu escuadra, sargento. Asalto directo sobre la nave enemiga. Crearemos nuestro propio punto de entrada y nos abriremos paso hasta Latham y sus Puños por la fuerza.

—Sí, hermano capellán —respondió Gorphon con una resolución mortífera antes de abrir el canal de voz—. Tumbas, retroceded hasta mi posición inmediatamente. Orden recibida: maniobra de abordaje. Zorrak y Hadar-Gul, proporcionad cobertura a nuestro avance, una cortina de fuego a discreción.

Murnau desenfundó su propia pistola y esperó entre los ferroárboles mientras el resto de las Tumbas atravesaban los charcos y los láseres hasta la posición de su sargento. Tal y como se les había ordenado, Zorrak y Hadal-Gul iluminaron la *Xanthus* con una lluvia incesante de misiles irradiados mientras los exterminadores se deslizaban entre la suciedad como cangrejos. Murnau imaginó que bajo aquella tremenda descarga de detonaciones los Puños y su tripulación poco podrían hacer para detener su avance.

Ajustando sus armas a la posición de fuego automático, Khurgul y Gholic abandonaron su cobertura para proporcionar una cortina de fuego adicional para Gorphon. Al puño de energía del sargento Exterminador lo recorrían descargas de rayos oscuros en el momento en que cerró los enormes dedos metálicos y comenzó a golpear el tronco de un ferroárbol con sus crepitantes nudillos. Lo golpeó una y otra vez, quebrando la pulpa fibrosa y ennegrecida, destrozando la base del gigante del bosque lunar. El anciano y colosal árbol acabó cediendo con un desgarrador crujido, y el Guardia de la Muerte siguió con la mirada la copa petrificada mientras se desplomaba e impactaba sobre las ruinas de la nave. La parte superior del pesado tronco metálico atravesó el casco arruinado y se detuvo en medio de la nueva brecha que acababa de abrir.

—¡Tumbas, conmigo! —rugió Gorphon.

Murnau alzó su crozius sobre el sargento, lo que el Exterminador aceptó como una bendición. Tras inclinarse frente a él partió a la carrera sobre la rampa creada por el tronco astillado del árbol derribado.

Las Tumbas lo siguieron uno tras otro, todos ellos enfundando sus brutales pistolas y desenvainando sus hojas-sierra, unas armas cortas, anchas y con una forma similar a la de una falcata: un diseño especial para ellos, pensado para trocear a los defensores escondidos en las sombras de los espacios cerrados de una nave.

Las botas de ceramita de Murnau también aplastaban la madera necrótica del árbol caído mientras el capellán podía sentir el resonar de los proyectiles de bólter de los Puños bajo el tronco. Para cuando alcanzó el casco de la *Xanthus*, Gorphon y sus hombres ya estaban en su interior. Apuntando al frente con su pistola y apartando con el crozius los cortinajes formados por cableado y tubos hidráulicos sangrantes, el capellán siguió el rápido avance de la escuadra de exterminadores de la legión.
Comprobó con satisfacción que habían matado todo lo que habían encontrado a su paso. Los restos de la nave derribada eran un tortuoso laberinto de pasajes inclinados, cámaras aplastadas y estructuras retorcidas. Había cuerpos por todas partes, los restos de la tripulación desperdigados como muñecos de trapo, los que no habían tenido la fortuna de sobrevivir al brutal descenso y el impacto posterior contra el bosque cuasi metálico. Los lúmenes parpadeaban con la intermitencia de su fuente de alimentación cada vez más cerca del agotamiento, y la penumbra se adensaba con las partículas radiactivas en suspensión; dentro de la nave toda superficie estaba cubierta con el depósito pulverizado de las descargas radiactivas.

A medida que el capellán se adentraba más en aquella oscuridad serpenteante la misma capa de polvo se acumulaba sobre su coraza del color de la medianoche.

Murnau atravesó un agujero abierto en una de las compuertas blindadas. El metal estaba fundido donde los exterminadores había utilizado una meltabomba para alcanzar la cámara sellada. Más allá de las gotas de metal reforzado Murnau se encontró en medio de una masacre.

Los cadáveres eran recientes, muchos de ellos con algunos miembros amputados, acribillados, desmembrados en el salvaje abordaje. La tripulación de la fragata y las tropas auxiliares de los Puños estaban todos muertos o agonizando. Muchos aún aferraban sus carabinas láser y sus pistolas. El capellán podía imaginar el *stacatto* de luces de láser que debía de haber recibido a los exterminadores iluminando la oscuridad entre las cubiertas. Una vez que los asaltantes habían alcanzado el cuerpo a cuerpo la tripulación mortal de la nave no había podido ofrecer resistencia alguna. Todos estaban demasiado enfermos, demasiado débiles. Habían hecho lo que sus señores de la legión les habían ordenado y habían mantenido a raya hasta el límite de sus fuerzas a las tropas del Señor de la Guerra, aunque lo habían hecho ya arrodillados e implorando una muerte rápida. La miseria y el sufrimiento que se habían vivido a bordo de la *Xanthus* eran casi palpables. Murnau se descubrió sonriendo bajo la placa facial de su casco.
La cubierta estaba empapada de vómitos y otros fluidos corporales, incluidos charcos crecientes de sangre recientemente derramada, y mucho de los cuerpos amontonados presentaban articulaciones rotas entablilladas y cabezas vendadas. Las terribles consecuencias del arsenal de los exterminadores se hacían patentes por todas partes. Envenenamiento por radiación. Ulceraciones. Quemaduras. Tiras de piel rojiza adheridas a prendas de ropa descartadas a causa de una fiebre insoportable. Incluso en el caso en que las Tumbas no hubieran cargado como carniceros por aquella sección la tripulación habría muerto de todas maneras. Gorphon tenía razón: los supervivientes se estaban quedando sin tiempo. Los hijos de Mortarion simplemente les habían proporcionado una liberación, habían aliviado su sufrimiento con hojas chirriantes y proyectiles de bólter.

Mientras recreaba la mirada en aquellas atrocidades pasadas el canal de voz de Murnau lo mantenía informado de las que se estaban desarrollando en el presente de las cubiertas inferiores. Se oían gritos de rabia y muerte, muchos de ellos al momento ahogados por el ruido de las granadas, los disparos o las hojas mecanizadas. Los insultos, la locura, las risas de los exterminadores habían

desaparecido, sólo quedaba la implacabilidad de la Guardia de la Muerte. Imparables. Los macabros asesinos de Gorphon permanecían en silencio y reconcentrados, alimentándose de la matanza, saboreando aquel ambiente de expiraciones. De muerte.

De la muerte de los leales, y la de los suyos propios.

El capellán encontró al primero de los marines espaciales caídos en el hueco de una escalera derrumbada: el impasible avance de Khurgul lo había llevado a cruzarse en la trayectoria de una granada krak. Su servoarmadura Mark III había sido desgarrada como una lata de raciones en conserva abierta apresuradamente. Su casco estaba despedazado, y sólo la mitad de la cabeza del Exterminador permanecía en su interior. Caído sobre un costado, la sangre fluía como una cascada sobre la rejilla de uno de los escalones, y Khurgul parpadeaba mirando a Murnau sin comprender lo que había ocurrido, intentando repetidamente encajar un cargador lleno en su pistola, fracasando una y otra vez.

—Paz, hermano.

Enarbolando su cetro, Murnau incrustó la cabeza del crozius en lo que quedaba de la del marine espacial. Liberando las estilizadas alas aserradas del cráneo machacado del Exterminador, Murnau siguió la senda de destrucción abierta por las Tumbas a través de las cubiertas convertidas en osarios, cada vez más profundamente en las entrañas de la fragata. En el canal de voz oyó un nuevo sonido: el profundo ladrido del fuego de bólter. Las Tumbas habían localizado a su presa: los perros de Dorn, el destacamento de legionarios de los Puños Imperiales de la *Xanthus*, aguantando la posición como sólo la VII Legión podría haber hecho en las oscuras profundidades de una nave derribada.
Descendiendo por otro agujero derretido en la cubierta y más allá de otra compuerta blindada Murnau se encontró en un nuevo laberinto de metal retorcido: secciones selladas, presumiblemente comprometidas e inundadas, pasadizos bloqueados por barricadas y cubiertas enteras desplomadas unas sobre otras. Los focos de la servoarmadura del capellán proporcionaban una iluminación fantasmal a aquella devastación. Ninguna luz alcanzada aquel nivel de la nave, lo que le hacía pensar que debía de encontrarse ya por debajo de la superficie del pantano. En su descenso se encontró con otros dos exterminadores caídos y el cuerpo machacado del Puño Imperial que había reclamado sus vidas. El repiqueteo del arma de fuego era ahora más cercano, a pesar de que el sonido del frenético

intercambio de disparo resonaba erráticamente a lo largo de la arquitectura maltratada de la nave. Gorphon y su escuadra seguramente había forzado a los leales a retirarse de sus posiciones fortificadas, haciéndolos retroceder bajo su fuego por el vientre de la fragata. Ya habrían llegado todo lo lejos que iban a llegar.

El capellán encontró a las Tumbas reunidas frente a la pendiente de un corredor de mantenimiento inclinado. La cubierta abajo al fondo estaba iluminada por unas llamas furiosas que arrinconaban las sombras con una brillo fluorescente blancoazulado. La Guardia de la Muerte estaba inmersa en un rabioso intercambio de fuego con sus oponentes, puntualizado por las detonaciones de granadas irradiadas. El fuego devuelto desde abajo era salvaje y no parecía que fuera a remitir. Aun así Murnau se sorprendió al encontrar allí a los exterminadores, como si la detención de su tempestuoso avance no tuviera causa justificada.

El sargento Gorphon se apoyaba en la escotilla de un almacén de suministros, mantenía el puño de energía alzado para escudar su rostro malsano y protegerlo de los proyectiles de bólter que impactaban a su alrededor.

—Informe de la situación, sargento. ¿Por qué no habéis avanzado?

—Tres —conjeturó el Exterminador— tal vez cuatro Puños mantienen la posición en la cubierta de artillería ahí abajo. El punto al que se han retirado está fortificado y parece que cuentan con el suministro de munición del arsenal de una fragata bien abastecida. A nosotros, por nuestra parte, no nos quedan más que los últimos cargadores.

—Lathan… —escupió Murnau, pero el sargento negó con un gesto de sus rasgos abrasados.

Dando un paso atrás permitió que los focos de la servoarmadura del capellán iluminaran la figura postrada de un cuerpo blindado. El cadáver había sido depositado cuidadosamente en una de las esquinas del almacén. El marine espacial no llevaba casco, y las insignias de su coraza lo identificaban como un capitán de los Puños Imperiales. El capitán Oriel Latham, cuya cara mostraba la expresión angustiada de la confrontación inesperada contra una muerte violenta y súbita.

—¿Tú?

Gorphon volvió a negar con la cabeza.

—Nos tememos que murió en el impacto.

Murnau asintió despacio. Latham, muerto… la resistencia al mando de… ¿quién? ¿Otro legionario? ¿Un segundo proactivo o un sargento con iniciativa? Devolvió la mirada a Gorphon.

—¿Alguna otra manera de entrar?

El sargento de la Guardia de la Muerte negó por tercera vez.

—¿No podemos forzar nuestra entrada? —siseó el capellán presa de una cólera súbita: podía sentir la victoria al alcance de los dedos.

—No tengo efectivos para sobrellevar el castigo que supondría esa acción —contestó Gorphon encogiendo el hombro que parecía ahora más deformado—. Además, tales pérdidas serían innecesarias. Muy probablemente los Puños Imperiales saldrán pronto a nuestro encuentro.

A Murnau no le agradaba el tono petulante del sargento, la autosatisfacción con la que había dicho aquellas palabras.

—¿Y por qué habrían de hacer eso? —masculló.

Gorphon desenganchó una lata de un arnés en su servoarmadura.

—Porque morirán si no lo hacen —anunció Gorphon gritando por encima del ruido de una nueva salva de disparos, antes de lanzarle la lata al capellán.

El capellán la atrapó y la giro entre los dedos.

Phosphex.

Las legiones astartes tenían a su disposición muchas armas brutales. Algunas habían sido elegidas por su precisión quirúrgica, otras simplemente por su potencial destructivo. Como armas vivientes del Imperio emergente, los legionarios apreciaban los diversos méritos de las mortíferas herramientas a su disposición. En muchas bases-monasterio y barcazas de guerra algunas armas acumulaban polvo por la reticencia que generaban debido a su capacidad destructiva. Para muchos líderes de escuadra el uso de munición radiactiva o agentes químicos estaba fuera de toda consideración. Eran ecos distantes de un oscuro pasado, los restos medio olvidados de la anarquía de la que nació un Imperio estable. Para los

exterminadores de la legión esas eran precisamente las armas a elegir: armas que infligían horror y sembraban miedo entre las filas enemigas.

Tras la fosforescente pesadilla de su detonación exotérmica el phosphex se propagaba como un veneno ardiente y se filtraba por cualquier cosa lo bastante desafortunada como para haber entrado en contacto con él. Y por lo que se tenía noticia, nunca se degradaba.

—¿Lo has lanzado ya?

—Dos latas, ahí abajo —respondió Gorphon con orgullo—. Se ha perdido los gritos, capellán.

—Eso ha sido desacertado. Preferiría que no lo hubieras hecho.

—¿Por qué? —preguntó el sargento de manera ausente dirigiendo una mirada al corredor: el fuego enemigo decaía, testimonio del infierno tóxico que se había extendido por la cubierta inferior.

—Porque nuestras órdenes exigen que bajemos ahí —dijo Murnau con determinación.

Gorphon le pareció sentir la convicción impresa en los ojos del capellán.

—¡No puede hablar en serio! Eso sería un suicidio.

Murnau se inclinó sobre él, cada una de sus palabras musitadas pero firmes:

—Sin supervivientes.

—Pero hermano capellán, el phosphex…

—Nos pondrá a prueba, sí —admitió Murnau—. Pero no más de lo que fue puesto a prueba Lord Mortarion mientras avanzaba impertérrito, indómito, por las montañas de Barbarus. Cada paso era una agonía para él, cada bocanada un tormento, pero lo sufrió todo para hacernos libres: libres para elegir, libres para seguirlo. Libres para determinar nuestro propio destino. Y todo lo que nos pidió a cambio fue obediencia. Sigamos ahora los pasos de nuestro primarca, impertérritos e indómitos.

Murnau se quitó el casco y clavó los ojos en los del sargento. Una sombra fugaz de duda cruzó la cara devastada de Gorphon, apenas un segundo antes de que ambos

compartieran un momento de demencia contagiosa. El capellán los guiaría tras los pasos del primarca. El sargento asintió.

—Gholic. Hadar-Gul. Preparaos —ordenó Gorphon—. Vamos a acabar con los supervivientes.

Mientras ajustaba el casco a su cinto, Murnau detectó un momento de vacilación en los exterminadores: el primero que habían mostrado durante el brutal abordaje. Las Tumbas sabían lo que significaba la orden de su sargento. La propia Guardia de la Muerte tendría que soportar el phosphex y probar su resistencia física y la firmeza de su resolución frente a los Puños Imperiales.

Los exterminadores avanzaron con las pistolas y las hojas-sierra inactivas pero preparadas. Grull Gorphon los seguía con Murnau a su lado y Zorrak cubría la retaguardia; como Hadar-Gul, había descartado el lanzamisiles pesado y se había armado con unas pistolas bólter más manejables. Las paredes y el techo del corredor brillaban con la fosforescencia de las llamas que se extendían sobre ellos. El fuego químico danzaba sobre el metal de una manera horrible, ardiendo como una pira fantasmal blancoazulada, con el aspecto de ser un ser hambriento ansioso por reclamar un nuevo territorio. Y mientras la escuadra descendía con cuidado por el inclinado pasillo Murnau sintió la niebla húmeda y tóxica del compuesto lamiendo su piel: lo sofocaba como un miasma, inmediatamente notó cómo el veneno penetraba y hacía hervir su carne.

Murnau podía oír los estertores de los puños imperiales que ascendían desde la cubierta inferior. Por el canal de voz el capellán escuchaba el débil murmullo de agonía del líder de las Tumbas mientras atravesaban el phosphex. La ceramita mate veteada de verde de sus servoarmaduras emitía el resplandor producido por su recalentamiento, pero Murnau no pudo apreciar en su totalidad la tortura a la que se habían expuesto hasta que no alcanzaron la zona donde se concentraba la nube de muerte química. Las llamas que brotaron de los cables, la placa pectoral y las hombreras lo desconcertaron antes de consumir su largo pelo negro y comenzar a lamerle la cara. Murnau podía sentir cómo aquel compuesto químico se lo iba comiendo.

Las Tumbas se mordieron las lenguas y se tragaron el dolor en su descenso a la cubierta de artillería. Murnau asumió que las restantes fuerzas de los Puños Imperiales estarían sufriendo el mismo suplicio —si no más— que la Guardia de la Muerte, puesto que su avance no encontró oposición alguna. Ni un solo disparo de defensa.

La cubierta de artillería era la refulgente visión de un infierno azul. El fuego ardía por todas partes. Ahí fue donde los exterminadores encontraron las latas vacías y donde la concentración de la nube química era más densa. El capellán oyó un gruñido bajo y persistente que venía de las Tumbas, pero aquel gruñido era un signo de determinación: eran la Guardia de la Muerte, los hijos de Mortarion, el azote de Barbarus. Eran mucho más que sus legiones hermanas. Ellos no temían a la muerte, ni a ninguno de sus instrumentos. Su resistencia bestial era su don más precioso, y era eso y sólo eso lo que permitió a las tambaleantes Tumbas seguir avanzando.

—Cuerpos —anunció Gorphon, notando cómo el aire raspaba sus pulmones corrompidos.

—Aquí también —dijo Gholic con una flema.

Puños Imperiales, sin casco y boca abajo, sus servoarmaduras amarillas quemadas y retorcidas. Murnau y el sargento se inclinaban cobre el cuerpo de uno de los marines espaciales cuando el capellán notó algo en la periferia de su visión.

—¡Movimiento! —logró gritar Hadal-Gul con una voz ronca.

Uno de los hombres de Latham apareció tambaleándose en medio de aquella oscuridad azulada, el bólter temblaba en sus manos y empezó a disparar a ciegas sobre el techo y la cubierta. Gorphon giró sobre sí mismo, golpeando al Puño Imperial con su puño de energía. El astartes leal cayó, su cara consumida una máscara de músculo devorado que emitía una nube de vapor: no había piel, los huesos de los pómulos sobresalían de la carne consumida. El sargento de los exterminadores volvió a golpearlo con el puño crepitante, arrancando la cabeza que se estaba derritiendo de los hombros del guerrero condenado. El Puño Imperial se desplomó sobre sus rodillas antes de caer sobre un costado.

—¡Sangre! —gritó Zorrak.

Murnau y el resto de las Tumbas de dirigieron hacia él.

Siguiendo el rastro de salpicaduras de sangre que burbujeaban sobre los residuos de phosphex, los exterminadores se internaron en la niebla azul. Las salpicaduras se convirtieron en coágulos, y los coágulos en pisadas ensangrentadas hasta que al final un charco sobre la cubierta llevó a la Guardia de la Muerte hasta un marine espacial que se arrastraba tirando de su propio cuerpo. Zorrak alzó su pistola.

—¡Quieto! —ladró Murnau a través de unos labios abrasados.

La servoarmadura descolorida indicaba que aquel guerrero postrado no era un Puño Imperial. El equipo de combate carente de tinte podría haberse tomado por uno de la Guardia de la Muerte. Murnau entrecerró los ojos inflamados. A pesar de la fosforescencia parpadeante que enturbiaba la coraza estaba claro que su armadura de combate no mostraba insignia, heráldica ni rango de legión alguna.

—¿Quién es ese? —borboteó Gorphon, esperando que el capellán lo supiera.

Murnau no lo sabía, pero algo en su interior estaba seguro de que aquel guerrero era la preciada carga que la *Xanthus*transportaba a Terra. El pasajero era un marine espacial, eso seguro, pero ya no era un legionario.
—Un espía leal —pronunció el capellán—. Algún agente del Emperador.

Murnau se interpuso en el camino por el que el marine se arrastraba. Éste alzó la vista, sus ojos estaban enturbiados y recorridos por hemorragias, la carne de su cara se corrompía y caía a pedazos ante la mirada del capellán. Llevaba el pelo castaño rojizo y la barba trenzados, esta última salpicada de la sangre coagulada salida de sus pulmones que se desintegraban. Miró fijamente a Murnau y mostró una dentadura de colmillos afilados. Su voz, cuando rompió su silencio furioso, era dura y rebosaba una determinación primaria.

—Soy… Varskjøld… —jadeó—. Sargento… ahora…

A Murnau le llevó un momento comprender que el agente estaba hablando por el canal de voz.

Una súbita explosión sacudió la cubierta de artillería cuando una de las baterías de los cañones de plasma se sobrecargó: refulgió con el calor y la luz de un sol en miniatura.

Murnau notó cómo toda la sección de la nave se elevaba. Se vio arrojado contra una de las compuertas blindadas y una serie de temblores recorrieron violentamente la

estructura. Varskjøld había ordenado a algún subordinado que volara el cañón intencionadamente para terminar de hundir los restos, y Murnau podía sentir cómo la suciedad del pantano inundaba la cubierta de artillería de la *Xanthus*. El precario equilibrio en el que se había mantenido la nave se desmoronaba: se había alcanzado algún punto crítico en el que el peso adicional de las aguas enfermizas había acelerado la precipitación de la sección demolida en las profundidades del pantano.
Los momentos pasaron como borrones acelerados. Murnau oyó la detonación de una pistola bólter. El phosphex lo oscurecía todo volviéndolo un banco de neblina azul, y Gorphon recibió el disparo en la garganta. Por el ángulo —el proyectil había destrozado la mejilla del Exterminador y avanzado hasta hacer saltar parte de su cráneo—, el capellán supuso que Varskjøld contaba con un arma que había ocultado. Su respuesta fue rápida y precisa: descargó el crozius sobre la cabeza del agente con una fuerza terrible, partiendo el cráneo y dejando que la materia cerebral se escurriera por la maraña de su barba.

La nave retumbó de nuevo en su hundimiento, arrojando sobre la cubierta a las tumbas restantes. Desde algún lugar no muy lejano Murnau podía oír el borboteo de las negras aguas que se iban tragando aquella ruina metro a metro. Un aire fétido susurraba junto a sus orejas despellejadas, pero la corriente no era capaz de disipar la cruel presa del phosphex sobre la superficie de la cubierta. A su alrededor todo eran los estertores de la *Xanthus* a medida que era arrastrada a su tumba en el lecho de la ciénaga.
Casi ciegos y sufriendo aún los efectos cáusticos de la bruma de phosphex, la Guardia de la Muerte seguía luchando. Con la cubierta inclinándose cada vez más bajo ellos las rugientes aguas negras no tardarían en reclamarlos.

Murnau, en parte tropezando y en parte aferrándose con las manos logró aferrarse a una sección de tuberías descubierta junto a la compuerta de una plataforma. Gholic y Hadar-Gul desaparecieron en la oscuridad cuando la inundación de lodos putrefactos se los tragó.

La nave se movía. Lo que hasta ese momento había sido una pendiente cada vez más empinada se convirtió de repente en una vertical desconcertante. El capellán un segundo antes había escuchado las pisadas de Zorrak que se precipitaban hacia él, y los dos Guardias de la Muerte se tendieron mutuamente las manos, pero los dedos enfundados en ceramita no se encontraron por un suspiro y el Exterminador se precipitó en el furibundo remolino de las aguas que no paraban de ascender.

Usando su crozius como un piolet, Murnau ascendió por la cubierta como si fuera la cara de un barranco. Golpeando las capas de metal luchó por crear asideros, aferrándose a la estructura con los guanteletes y las botas magnéticas que intentaba afianzar sobre los cables y tuberías que recorrían el pasillo. Mientras, de manera imperturbable, la nube suspendida de phosphex seguía comiéndose su carne, devorando su fuerza de voluntad. Cada centímetro de piel expuesta ardía.

Abajo el remolino de inmundicia del pantano seguía avanzando hacia él. Murnau logró alzarse jadeando hasta una escalerilla medio desplomaba, pero entonces un lodo canceroso empezó a gotear sobre él, luego a caer a chorros y luego a precipitarse como una catarata. El capellán se aferró a su posición. La *Xanthus* se estaba precipitando a su hundimiento final, y las aguas pantanosas a su alrededor habían empezado a reclamarla por cada brecha y grieta de su casco. La fragata se inundaba por arriba y por abajo, cortando la vía de escape de Murnau y atrapándolo en medio de la escalera.
El capellán golpeó furiosamente con el puño la pared del corredor, dejando muescas en el metal. Su cara demacrada estaba desencajada de rabia, una máscara de frustración compuesta por músculos y tendones en carne viva. Se apretó contra la superficie de la escalera viendo cómo la cascada de inmundicia líquida pasaba sobre él y se reunía con las hediondas aguas debajo. El capellán pensó en toda la materia viva que había tenido que marchitarse y morir para crear tal cantidad de desechos y putrefacción. Consideró la promesa de la nueva vida que aquel limo podrido ofrecía a los insectos, parásitos y hongos que habían colonizado y dominado en tan poco tiempo la bola de barro en la que se había convertido Algonquis. La noción de que él mismo iba a formar parte de esa fructífera corrupción por un momento divirtió al capellán. Habría sonreído de no ser porque apenas quedaba ya nada de su cara.

El dolor punzante de sus ojos por fin dio paso a una oscuridad total y todo lo que le quedó a Murnau fue el fuego en sus pulmones escaldados y sangrantes y la condenación en sus corazones. Todo el júbilo y la locura lo habían abandonado. Pasó la lengua sobre sus dientes, e incluso teniéndola ampollada pudo saborear la densa letalidad que seguía infiltrándose en su cuerpo.

En aquel vació de negrura los pensamientos del capellán regresaron a la narración de la ascensión de Mortarion que había contado a los exterminadores para infundirles coraje y fortalecer su espíritu. Para su sorpresa y decepción, en ese momento encontró poca inspiración en aquella historia. Imaginar a Mortarion en

las montañas tóxicas de Barbarus sólo sirvió para recordarle que el entorno venenoso de su mundo natal había derrotado al primarca, y que el Emperador había tenido que descender para salvar a su hijo caído.

No habría nadie que salvara a Morgax Murnau. El capellán recordó la insistencia de Phorgal en que no quedase superviviente alguno a bordo de la *Xanthus*.
En verdad que no quedaría ninguno.

FIN DEL RELATO